

Diego Ruiz Mata
Ana M^a Niveau de Villedary y Mariñas
Juan Ignacio Vallejo Sánchez
Area de Prehistoria. Universidad de Cádiz

Resumen

La implantación de la vida urbana en el Bajo Guadalquivir ha de entenderse como un proceso, que es posible rastrear, al menos, desde la prehistoria reciente. En el modelo de hábitat del calcolítico/bronce hallamos el germen que hará posible que, a la llegada de las poblaciones orientales, las comunidades locales adopten unos esquemas formales y unos modos de vida que pueden ser considerados ya plenamente urbanos.

En época turdetana el modelo urbano orientalizador se consolida, con apenas ligeras modificaciones, producto de la nueva situación que se crea a partir del s. VI a.C. La población tiende a concentrarse en los grandes núcleos de habitación, centros de poder que controlan el territorio, articulado en función de la explotación selectiva de los recursos agropecuarios, creando una tupida red urbana que Roma sabe aprovechar en la estructuración administrativa de sus provincias.

Resum

La implantació de la vida urbana al Baix Guadalquivir s'ha d'entendre com un procés que es pot anar seguint, almenys, des de la prehistòria recent. En el model d'hàbitat del calcolític/bronze, trobem el germen que farà possible que, en arribar les poblacions orientals, les comunitats locals adoptin uns esquemes formals i uns modes de vida que poden ser considerats ja plenament urbans.

En època turdetana el model urbà orientalitzant es consolida amb només unes lleugeres modificacions, producte de la nova situació que es crea a partir del segle VI a.C. La població tendeix a concentrar-se als grans nuclis de població, centres de poder que controlen el territori, que s'articulen d'acord amb l'explotació selectiva dels recursos agropecuaris i que creen una espessa xarxa urbana, que Roma sabrà aprofitar en l'estructuració administrativa de les seves províncies.

Summary

The introduction of urban life in the Lower Guadalquivir needs to be understood as a process which it is possible to follow from recent prehistory at least. In the habitat model of the Chalcolithic/Bronze Age, we find the germ which made it possible, on the arrival of the eastern populations, for the local communities to adopt formal patterns and ways of life which can be considered fully urban.

The orientalised urban model was consolidated during the Turdetan period with only slight modifications, the result of the new situation created from the 6th century BC onwards. The population tends to become concentrated in large centres, centres of power which control the territory and which are articulated around the selective exploitation of agricultural resources, creating a dense urban network which Rome was able to take advantage of in the administrative structure of its provinces.

INTRODUCCIÓN

Han sido muchos los avances en el conocimiento de la prehistoria reciente del Bajo Guadalquivir desde que A. Schulten trató de hallar el reino de Tartessos y la ciudad que bajo el mismo nombre debió ser, según creencia inmemorial, el reflejo material de la riqueza y esplendor de aquel legendario y lejano país para los autores clásicos. Resulta lógico y natural que en aquel momento no se concibiese reino sin capital ni estado sin ciudad. Desde que Gordon Childe en el primer tercio del s. XX otorgó al fenómeno urbano el rango de revolución, y comparó su trascendencia con la neolítica, la ciudad -según el modelo

oriental- se consideró como el principal e inequívoco signo de civilización (Bendala, 1995).

El objetivo que perseguimos en este trabajo es acercarnos al proceso que condujo a las comunidades prehistóricas del occidente andaluz hacia el urbanismo y los factores que lo propiciaron. Nos interesa el fenómeno urbano en cuanto supone un reflejo fiel de la estructura social de estas comunidades, mediante el análisis de la ocupación del medio y de la organización del hábitat, es decir, del modelo de ciudad de una sociedad, podemos aproximarnos y evaluar su grado de complejidad.

Todavía son muchas las cuestiones planteadas al abordar el tema de la ciudad de época prerromana: qué entendemos por ciudad, en qué momento se puede comenzar a

hablar de ciudad en sentido estricto (Bendala *et al.*, 1986, 12), si es el urbanismo producto de la evolución de las propias sociedades locales o si se trata de un aporte foráneo, etc. Se trata en definitiva de establecer el cuándo, el cómo y el porqué de este fenómeno (Bendala, 1989, 130). Generalmente se acepta que un asentamiento posee rango de ciudad si cumple ciertos requisitos (Bendala *et al.*, 1986, 121; Niemeyer, 1985, 109-110) en relación a sus elementos arquitectónicos (cierta extensión, una planificación consciente, la ordenación de espacios públicos, existencia de edificios públicos y elementos defensivos), a sus aspectos funcionales y económicos (especialización y acumulación de excedentes para el comercio) y a su imbricación en unidades mayores, mediante relaciones estables entre ellas.

Hasta el momento, las investigaciones sobre el urbanismo en la protohistoria se han basado en conceptualizaciones elaboradas a partir del modelo urbano oriental y de la *polis* griega. Creemos necesario sacudirnos viejos prejuicios, trascender esta perspectiva y ampliarla, indagando la realidad del mundo urbano antes de que éste adquiera las características que tradicionalmente lo definieron como tal, sin la carga conceptual heredada de la tradición grecolatina. La “ciudad” debe entenderse por tanto como un centro de poder complejo en el que las estructuras sociales se plasman de manera evidente en el espacio físico. Desde esta perspectiva es obvio que la idea de ciudad está presente, al menos, desde la prehistoria reciente. En la península Ibérica tenemos modelos del cobre y bronce pleno (Chapman, 1991), como El Argar, Fuente Alamo, Los Millares o el más cercano a nuestra área de análisis de Valencina de la Concepción (Ruiz Mata, 1983), que sí son hábitats que contemplan las mismas variables -extensión de los poblados, intensidad de ocupación del territorio, estructuración compleja, etc. (Ruiz Mata, González, 1994, 225)- que más tarde definirán en gran parte la ciudad propiamente dicha, que en la península aparece como consecuencia directa de la colonización fenicia.

❖ GÉNESIS DE LA CIUDAD TARTÉSICA-TURDETANA

Falta unanimidad entre los especialistas a la hora de determinar en qué momento se puede considerar la existencia de una verdadera organización urbana. Para algunos no se puede hablar de estructura urbana como tal al menos hasta época romana y, con ciertas matizaciones, durante el periodo de dominación bárbara (Bendala *et al.*, 1986). Es fundamentalmente la teoría que defienden los seguidores de las tesis clásicas. Desde la postura contraria, defendida en su gran mayoría por especialistas en prehistoria reciente se considera que podemos hablar de ciudad desde el calcolítico y bronce y El Argar constituiría la primera gran manifestación urbana de la península (Eiroa, 1989). Parece, sin embargo, que la mayoría de los investigadores se inclina por admitir una postura intermedia, a la que nos adherimos: la ciudad se implanta con la llegada de los pueblos colonizadores, que la traen de oriente. El extraordinario auge que conoce la cultura urbana en el mediodía

peninsular es debido a que las sociedades peninsulares se hallaban en un estadio protourbano bastante desarrollado (Escacena, 1983, 52) y el factor alóctono lo único que hace es acelerar el proceso que en época ibérica se halla ya totalmente definido.

El modelo de ocupación territorial documentado en el sur de la península Ibérica desde el neolítico reciente/cobre hasta el bronce final es el que, sin apenas modificaciones, debieron encontrarse a su llegada los pueblos orientales (Ruiz Mata, González, 1994, 225). En esta época encontramos poblados sin una planificación urbanística. Están desprovistos de fortificaciones y entre las viviendas, siempre de planta circular, se intercalan silos y espacios libres dedicados posiblemente al desarrollo de actividades agropecuarias y estructuras relacionadas con estas actividades productivas: sobre todo silos y en algunos casos zanjas para la conducción del agua (Ruiz Mata, González, 1994, 215). Ejemplos son los de Valencina de la Concepción (Sevilla) (Ruiz Mata, 1983), con una extensión cercana a las 200 ha y los poblados de Cantarrana/Las Viñas, El Trobal y La Dehesa (Cádiz) (Ruiz Mata, González, 1994, 215). Tras un pequeño vacío en el bronce pleno, que parece responder más a lagunas de la investigación que a un retroceso generalizado (Escacena, 1983, 43), se observa cómo en el bronce final pervive el modelo descrito. El aumento demográfico y la progresiva ordenación del territorio y del propio hábitat han sido interpretados como exponentes del proceso que se estaba gestando en el seno de estas sociedades, consideradas ya como “protourbanas” (Escacena, 1983, 52; Bendala, 1995, 114). Son muchos los fondos de cabaña correspondientes al bronce final que se han excavado en los cabezos de Huelva (García Sanz, 1988-89) y en distintos yacimientos del Bajo Guadalquivir, como El Carambolo (Carriazo, 1973), sin embargo tan sólo contamos con un yacimiento, excavado en extensión, que nos ilustre sobre la organización del poblamiento indígena precolonial. El poblado de San Bartolomé, en Almonte, se ha interpretado como un hábitat indígena dedicado a actividades metalúrgicas en relación al comercio de la plata con las poblaciones orientales (Ruiz Mata, 1981; Ruiz Mata, Fernández Jurado, 1986). Se excavaron más de treinta fondos de cabaña, de planta circular, que dispuestas sin orden aparente en torno a cuatro altozanos al parecer cumplían funciones específicas y diferenciadas, como viviendas, almacenes, hornos de fundición y zonas de trabajos metalúrgicos. De manera que una vivienda constaría de varias estructuras, separadas, que responden a distintas funciones (Ruiz Mata, 1989, 223).

❖ INTERACCIÓN DE INDÍGENAS Y FENICIOS Y LOS COMIENZOS DEL URBANISMO. FACTORES DEL CAMBIO

En anteriores trabajos hemos defendido que el proceso de los pueblos indígenas del Bajo Guadalquivir hacia el urbanismo debe entenderse como una emulación de las técnicas semitas y, sobre todo, de la concepción del espacio entendido al modo oriental (Ruiz Mata, González,

1994, 209), que es la manifestación material de cambios estructurales. El cambio más manifiesto es la planta cuadrangular que, progresivamente, sustituye a la circular. La adopción del muro rectilíneo facilita la ordenación de las viviendas en calles frente al modelo anterior y la compartimentación interior de la propia vivienda con vistas a una subdivisión de tipo funcional (Ruiz Zapatero *et al.*, 1986, 84). Las ciudades se amurallan y se incorporan muros de mampuestos, zócalos de piedras, etc.

Sin embargo estos elementos no fueron asumidos por el grueso de la población indígena sin más (Ruiz Mata, González, 1994: 216). Tan sólo en los poblados donde el contacto e interacción con los pueblos orientales fue más directo e intenso se adoptó inmediatamente el nuevo modelo. En otros, el modelo tradicional pervivió con leves modificaciones hasta fines del s. VII o principios del VI.

FACTORES PRODUCTIVOS, ECONÓMICOS Y COMERCIALES. LOS CAMBIOS SOCIALES

Con la llegada de los fenicios a las poblaciones indígenas se les abren nuevas perspectivas económicas. Llegan a nuestras costas en busca de metales y sobre todo de plata (Aubet, 1987, 243). Hoy se admite que las comunidades preferencias se beneficiaban ya de la extracción y comercio de la plata (Ruiz Mata, 1989, 233), pero la demanda oriental desborda cualquier expectativa anterior y es a partir de época orientalizante cuando su explotación y comercialización se organiza a gran escala. El hecho de que la zona de mayor riqueza argentífera esté situada en el *hinterland* onubense y que la principal colonia fenicia, *Gadir*, se halle a relativa distancia de esta zona, nos lleva a considerar que el control directo de la explotación de las minas y del traslado y trabajo del metal hubo de estar en manos indígenas. Esto no significa que la población abandone las actividades productivas tradicionales. El mito de Gárgoris y Habis transmite el importante papel que la agricultura y la ganadería jugaban en la economía tartésica, importancia que con el paso del tiempo no sólo no decae sino que se incrementa. Estrabón describe una tierra rica en recursos naturales, que el hombre conoce y explota (Estr., 3, 2, 6).

Esta actividad económica benefició en una medida importante a los jefes locales, que rentabilizaron desde un punto de vista político la riqueza económica y el prestigio social adquiridos en el contacto y trato comercial con los fenicios. La creciente complejidad social se refleja materialmente en la adopción de los nuevos esquemas formales que representaban las ciudades fenicias, surgiendo como expresión de los cambios socioeconómicos.

EL TERRITORIO EN ÉPOCA ORIENTALIZANTE Y LA CONFORMACIÓN POLÍTICA DEL ESPACIO

Los fenicios hallaron en Andalucía occidental un territorio densamente poblado y políticamente estructurado. Como

resultado del contacto entre ambas culturas tuvieron lugar toda una serie de transformaciones socioeconómicas y políticas. En definitiva, una nueva situación que queda reflejada en la nueva articulación del espacio. A grandes rasgos estos son los diferentes patrones de asentamiento que documentamos en época orientalizante en el Bajo Guadalquivir.

CIUDADES Y FACTORÍAS FENICIAS (Figura 1)

El paradigma de ciudad fenicia -metrópoli mercantil, fundada en función de los recursos de la zona (Aubet, 1987, 290)- lo constituye *Gadir*. En la actualidad hemos planteado la posibilidad, -ante la escasez de datos materiales que ya no pueden ser achacados a la falta de investigación- de que el primitivo núcleo de asentamiento fenicio no se halle, como se ha venido creyendo, bajo la actual ciudad de Cádiz sino en el cercano yacimiento del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, e.p.), que muestra desde comienzos del s. VIII, características inequívocamente urbanas -dimensiones considerables, perímetro amurallado, urbanismo planificado, planta cuadrangular, técnicas constructivas, etc.- y de las que no cabe dudar sobre su origen oriental.

Además de la ciudad de *Gadir*-Doña Blanca se documentan palacios y factorías, que jalonan la costa del mediodía peninsular. A las ya conocidas mediterráneas -Toscanos, Chorreras, Cerro del Villar y Morro de Mezquitilla (Aubet, 1987)- debemos añadir las que se están exhumando en territorio portugués (VV.AA., 1993a). En cualquier caso son asentamientos que responden a un mismo patrón de asentamiento: sobre promontorios costeros, junto a la desembocadura de un río y de dimensiones variables. Desde un primer momento, estos enclaves presentan un urbanismo perfectamente planificado: las viviendas, rectangulares, se disponen a lo largo de calles y en todos ellos hallamos restos de estructuras productivas, como hornos alfareros y metalúrgicos. En un principio estas factorías debieron cumplir un papel de escala marítima en el camino hacia Cádiz, pero en el s. VII se advierte un desarrollo importante de estas colonias, el yacimiento de Toscanos se amuralla y se construyen grandes edificios, posiblemente utilizados como almacenes (Niemeyer, 1979). Todo ello denota un creciente comercio con las poblaciones de alrededor y la creación de una red de asentamientos urbanos, que desde la costa, se proyectan hacia las tierras del interior a través de los cursos fluviales, lo que ha dado pie para hablar de una colonización de carácter agrícola, más que comercial, en esta zona (Aubet, 1987, 290-291), aunque tal hipótesis no es admitida de forma unánime (Ruiz Mata, González, 1994, 217).

Modelo de pequeña factoría de redistribución comercial es la factoría de Abul de mediados o segunda mitad del s. VII (Mayet, Tavares da Silva, 1993), que surge de la necesidad de contar con un enclave cercano a la población indígena. Responde a una estructura cuadrangular, de poca extensión, cerrada por una muralla o muro al que se adosan por el interior las habitacio-

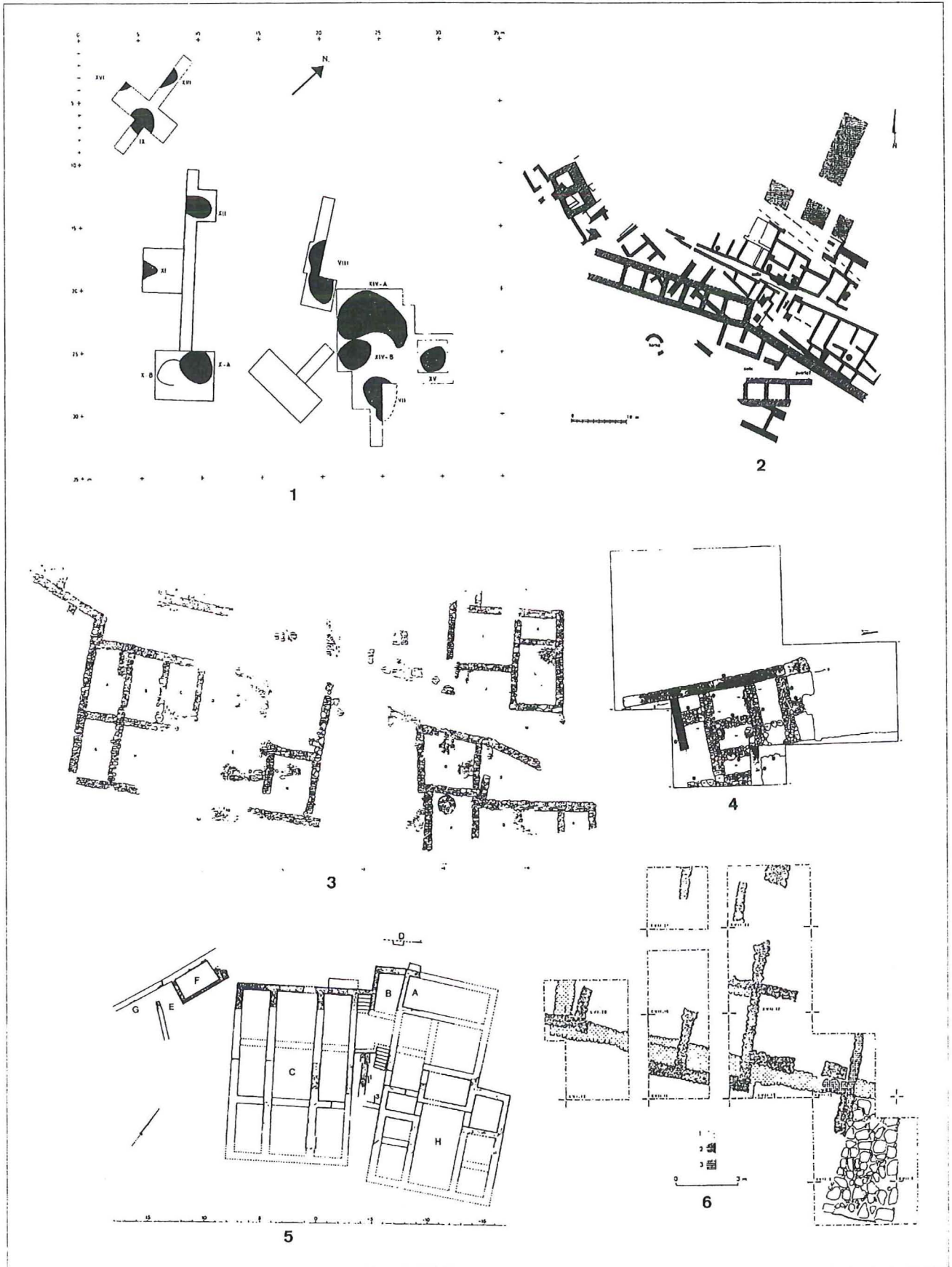


Figura 1. TRAMAS URBANAS: 1. Poblado del Bronce Final de San Bartolomé (Almonte, Huelva) según Ruiz Mata, 1981; 2. Zona del “barrio fenicio” de la ciudad del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) según Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.; 3. Factoría fenicia de Chorreras (Vélez-Málaga, Málaga) según Aubet *et al.*, 1979; 4. Construcciones prerromanas de la zona de la Puerta de Sevilla en Niebla (Huelva) según Belén, Escacena, 1990; 5. Yacimiento fenicio de Toscanos (Vélez-Málaga, Málaga); 6. Planta de la factoría fenicia de Abul (Setúbal, Portugal) según Mayet, Tavares da Silva, 1993.

nes cuadrangulares, en torno a un patio central, en sus comienzos, modificándose más tarde.

III CIUDADES Y POBLADOS INDÍGENAS

Los primeros indicios de cambio los tenemos documentados en los centros nucleares de poder indígenas, con los que los fenicios entablaron relaciones tempranas y directas (Ruiz Mata, González, 1994, 226). En el Cabezo de San Pedro, en la ciudad de Huelva, se ha excavado un muro de sillares fechado en el s. VIII, en lo que supone una de las primeras utilidades de soluciones técnicas importadas -posiblemente se trate de un muro de contención (García Sanz, 1988-89, 158. Ruiz Mata *et al.*, 1981) para problemas urbanísticos locales-. En el mismo sentido se explica la progresiva adopción por parte de las comunidades locales de la vivienda de planta cuadrangular y su rápida adopción por parte de las poblaciones onubenses. Los nuevos elementos también se introducen paulatinamente hacia tierras del interior a lo largo del s. VII. En el llamado "poblado bajo" de El Carambolo la planta cuadrangular sustituye a la circular que habíamos visto en la parte alta o "fondo de cabaña" y lo mismo ocurre en Montemolín (Chaves *et al.*, 1993) y Tejada la Vieja (Fernández Jurado, 1987). La adopción de la planta rectangular es un fenómeno, no obstante, progresivo y con vacilaciones, tanto en Montemolín (Chaves, Bandera, 1991) como en el yacimiento de Acinipo (Aguayo *et al.*, 1985) que vuelven a construir edificios circulares a pesar de haberse utilizado, en momentos anteriores, la planta cuadrangular. Concluyendo podemos afirmar que la adopción del nuevo modelo de ciudad introducido por los fenicios, se lleva a cabo por necesidades económicas y resulta un claro exponente de la nueva sociedad surgiente (Ruiz Mata, González, 1994, 226), más estratificada y con mayor diversificación funcional y laboral.

III TEMPLOS Y ZONAS DE CULTO

Las recientes excavaciones en yacimientos del Bajo Guadalquivir muestran un rico panorama de posibles lugares de culto o espacios religiosos con materiales del s. VIII y en mayor medida del VII. Su situación estratégica, jalando el curso del río, plantea la posibilidad del carácter religioso de la penetración colonial en el valle del Guadalquivir como modo de coerción y de estrechamiento de vínculos comerciales. Si tenemos en cuenta el papel económico fundamental que en la antigüedad jugaban los templos, de lo cual es un buen exponente el templo gaditano de Melqart, no es extraño que los fenicios se valieran de esta superestructura religiosa como un garante de los tratados y de su perpetuación y de su preservación para introducirse a lo largo del *hinterland* tartésico y entablar relaciones comerciales con los pueblos interiores. Quizás desde esta óptica haya que interpretar los altares de Coria del Río, el templo de Carmona (Belén *et al.*, 1997), las edificaciones de Montemolín (Bandera *et al.*, 1995, 321) etc. En todos los casos se trata de edificios singulares emplazados en puntos estratégicos en relación al control

del territorio y de las vías de comunicación. Estos templos junto a una función religiosa/ritual desempeñan funciones de control político y comercial del territorio en el que se emplazan. La existencia de grandes santuarios del tipo de Cancho Roano (Celestino, 1992) y su situación periférica nos aporta asimismo argumentos para defender que el control ejercido por el poder adoptaba fundamentalmente un carácter sacro, más explícito cuanto más fronterizo es el territorio.

III LA "CRISIS DEL S. VI" Y LA NUEVA CONFIGURACIÓN DEL TERRITORIO TURDETANO

Para muchos autores a partir de este momento cuando se puede hablar de urbanismo propiamente dicho en el Bajo Guadalquivir (Escacena, 1983, 59). A partir del ocaso del mundo orientalizante, el territorio controlado por Tartessos, va a sufrir una serie de transformaciones. Consecuencia inmediata de esta "crisis" no generalizada en toda Andalucía occidental, que en muchos casos hay que matizar, es la sustitución de unas estrategias económicas -modelo de explotación colonial, basado en la extracción y comercialización de metales- por otras de carácter agrícola y pesquero (Ruiz Mata, 1987, 303). Asistimos durante este periodo a la potenciación de la explotación e industrialización de los recursos agrarios y marinos (Ruiz Mata, 1997), que serán ahora objeto de exportación masiva hacia los nuevos mercados, griegos, del Mediterráneo central y norteafricanos, que vienen a sustituir a los orientales.

El cambio de la estructura económica conllevó de nuevo un reordenamiento del espacio, de acuerdo a los nuevos cambios políticos y productivos que hay que analizar desde múltiples vertientes. Se observa la desaparición de cierto número de asentamientos, lo que ha dado lugar para hablar de crisis y receso poblacional en el s. VI, pero paralelamente, se asiste al crecimiento de muchos otros (Niveau de Villedary, Ruiz Mata, e.p.). En la actualidad se admite que se abandonan los enclaves que estaban más directamente relacionados con la zona minero-metalúrgica y portuaria de Huelva (Fernández Jurado, 1987a), que parece más afectada.

Por la misma época acontece el crecimiento de los grandes núcleos urbanos de época tartésica -ahora denominados turdetanos-, como resultado de un fenómeno de concentración de la población. Las ciudades reforzadas en este momento son aquellas que desde sus inicios habían tenido una importante base agropecuaria, en las fértiles tierras situadas a orillas de las grandes cuencas fluviales, en particular de la del Guadalquivir, que se convierte en la principal arteria vertebradora del territorio turdetano, y en los bordes de esteros, marismas y campiñas. Vinculados a estos importantes núcleos, surgen toda una serie de pequeñas villas rústicas, en estrecha relación con el campo -vino, aceite y cereales-. Los asentamientos se ordenan en íntimo contacto con éste y la explotación selectiva y especializada de los recursos se racionaliza en función de su transformación en productos secundarios para su comercialización. Estas pequeñas fincas rústicas llevan a

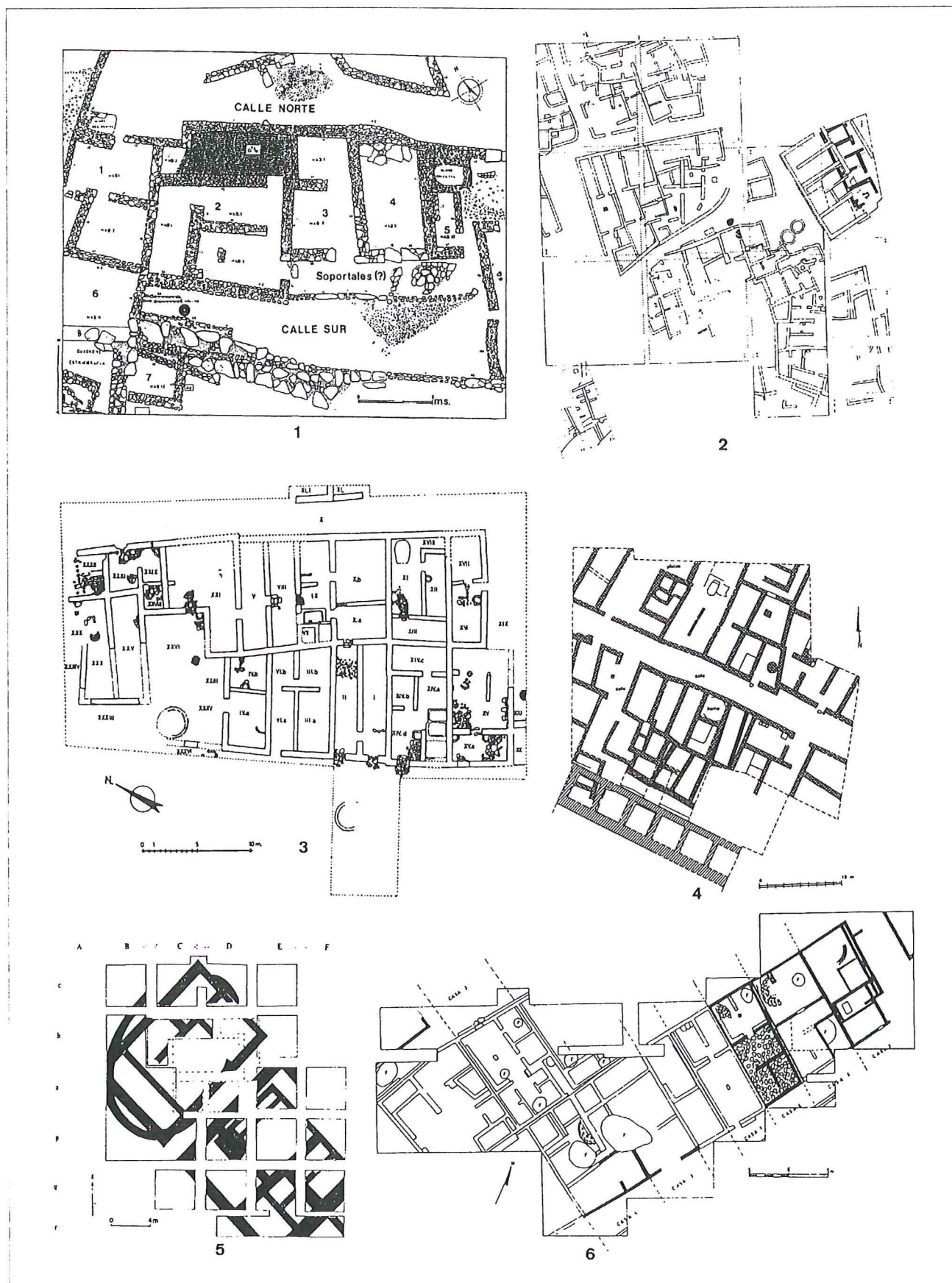


Figura 2. TRAMAS URBANAS: 1. Area 78-B del poblado de Alhonor (Sevilla) según López Palomo, 1981; 2. Esquema urbano de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) según Fernández Jurado, 1987; 3. Insula de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca, Puerto de Santa María, Cádiz) según Ruiz Mata, Pérez, 1995; 4. Entramado urbano de los s. IV y III del castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) según Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.; 5. Disposición de los edificios del Sector I de Montemolín (Marchena, Sevilla) según Bandera *et al.*, 1995; 6. Plaza de Armas de Puente Tablas (Jaén) según Ruiz, Molinos 1997.

cabo tanto las labores primarias de cultivo y extracción de las materias primas como las posteriores de su transformación en productos industriales (Niveau de Villedary, Ruiz Mata, e.p.), pues son numerosos los ejemplos de villas que conservan evidencias materiales de estas actividades, entre las que destacan ciertos restos arquitectónicos, que en ocasiones han llegado hasta nosotros en excelente estado de conservación.

Es precisamente este modelo campo-ciudad el que nos puede proporcionar muchas claves para entender la organización de la nueva sociedad turdetana.

Desde un punto de vista sociopolítico nos encontramos ante la desmembración de la unidad que supuso Tartessos y el nacimiento de las ciudades-estado, conectadas por intereses comerciales, que refuerzan su autonomía bajo reyezuelos locales y régulos (Ruiz Mata, 1997, 349). Es también probable que en los ss. IV/III surgiera una clase propietaria e industrial –en un régimen de patronazgo y clientela–, como se advierte en las villas de campo. Esta nueva clase de propietarios, menos vinculados al control del estado, van a constituir la base en la que se sustentó la romanización. De hecho el mayor número de villas de época romana republicana se conoce en el ámbito de la bahía gaditana, que aprovechó en gran medida las estructuras productivas y de ocupación del espacio turdetano.

❖ LAS CIUDADES TURDETANAS EN LOS TEXTOS GRECORROMANOS. CONTRASTACIÓN ARQUEOLÓGICA

Aunque no poseemos fuentes directas de la época sí contamos con las referencias de algunos autores grecolatinos, que en torno al cambio de era, describieron Iberia, sus gentes, sus costumbres, mencionando sus ciudades, que, en el caso de la Bética, reconocen como muy numerosas y de larga existencia. Estrabón, en el s. I a.C., cifra las ciudades turdetanas en más de doscientas (Estr. 3, 2-3), y entre las más destacadas menciona Córdoba, Cádiz, Sevilla, Itálica, *Ilipa*, *Astigis*, Carmona, *Obulco*, *Munda*, Ategua, Osuna, etc. En casi todas ellas hay huellas evidentes de ocupación, al menos desde el bronce final, y fueron destacados núcleos tartésicos. Resalta también la población turdetana asentada en la desembocadura del Guadalquivir y junto a los esteros, mencionando ciudades como Asta, *Nabrissa*, *Onoba*, *Ossonoba*, *Mainoba* y otras más, activas e importantes por su tráfico comercial. También Plinio, a mediados del s. I d. C., enumera 175 *oppida* (Plin. HN 3, 7), señalando su antigüedad, como en el caso de Carteia en la que cree reconocer la legendaria ciudad de Tartessos (Plin. HN 3, 7-8). Las excavaciones en Mesas de Asta, Lebrija y Huelva muestran una ocupación importante desde el bronce final hasta la romanización. Otras que no se mencionan, quizás por encontrarse deshabitadas en el momento en que estos autores escriben, como es el caso del Castillo de Doña Blanca, Tejada la Vieja o Montemolín, han aportado datos valiosos para el estudio de las ciudades turdetanas.

❖ LOS GRANDES CENTROS TURDETANOS

En general se advierte la continuación de los grandes centros tartésicos, sobre todo de los dedicados a la explotación de los recursos agropecuarios, con un crecimiento urbanístico y demográfico importante, como resultado de la atomización del territorio tartésico y la subsiguiente concentración de efectivos poblacionales en torno a ellos que refuerzan su autonomía, hasta el punto de que podemos hablar en cierta manera de ciudades-estado (Ruiz Mata, 1997, 351). Entre las ciudades más importantes de la época podemos citar Mesas de Asta (Esteve, 1969), Huelva (Fernández Jurado, 1987a) y Tejada la Vieja (Fernández Jurado, 1987 y 1987a).

❖ LAS VILLAS RURALES

Ahora desaparecen definitivamente los antiguos poblados de época tartésica que seguían el modelo heredado desde el calcolítico/bronce (Ruiz Mata, González, 1994, 219; Fernández Jurado, 1987a, 316). Son asentamientos de tipo arcaizante incapaces de adecuarse a la nueva situación surgida en el s. VI. Sin embargo y pese a la tendencia a la concentración de la población en grandes centros urbanos en este momento, surgen pequeños enclaves rurales en relación con la ciudad (Niveau de Villedary, Ruiz Mata, e.p.). Estos hábitats denotan una explotación más selectiva de los recursos, pues junto a las labores primarias de obtención de la materia prima, la mayor parte de los yacimientos excavados, evidencia restos de estructuras arquitectónicas que nos hablan del carácter industrial de estos núcleos. El modelo se repite tanto en la campiña, donde se conoce una serie de villas dedicadas a la producción de aceite (González, 1987) y vino (Ruiz Mata, 1995) como en la costa, jalonada por pequeñas factorías que se vinculan a actividades pesqueras y a la elaboración de salazones y *garum* (Vallejo *et al.*, e.p.).

A pesar de su diferente funcionalidad, todos responden a un mismo modelo arquitectónico. Son enclaves de tamaño mediano, trazados y alzados de nueva planta, de acuerdo a una planificación previa. Es ilustrativo, como ejemplo, el poblado de Las Cumbres, yacimiento cercano al Castillo de Doña Blanca y vinculado a él (Ruiz Mata, Pérez, 1995, 50), que se edifica hacia fines del s. IV o comienzos del III. En los cerca de 1.500 m² excavados hasta el momento, de las 4 ó 5 ha que debió tener, todos los elementos urbanísticos se trazaron según medidas regularizadas, con la misma técnica (Niveau de Villedary, Ruiz Mata, e.p.).

Se plantea, pues, la cuestión del motivo por el que surgen, en un momento dado y fruto de una planificación, toda una serie de enclaves de carácter productivo, más aún si tenemos en cuenta que la tendencia es a la nuclearización en torno a las grandes ciudades. La respuesta debemos buscarla en los cambios sociales y de orientación económica y comercial. La clase ciudadana emergente, enriquecida por el trato con las poblaciones orientales exige del poder, cada vez más fragmentario tras el desmembramiento del estado tartésico, bienes con los que

seguir sustentando su recién adquirido *status*. Tenemos que hablar del comienzo de la propiedad privada de los medios de producción (Ruiz Mata, 1997, 351) en relación a esta red de clientes y señores, propia de sociedades de corte aristocrático (Ruiz, Molinos, 1993, 259) y en relación directa con el binomio económico formado por el campo y la ciudad, sobre el que se sustenta la estructura económica de esta época.

■ LAS CIUDADES FENICIAS EN LA NUEVA ETAPA Y EL IMPACTO CARTAGINÉS

La “crisis” del s. VI tampoco afecta en gran medida a las colonias fenicias. Tradicionalmente se había achacado la desaparición de muchos de estos enclaves a los acontecimientos exteriores que tienen lugar en estos momentos en el Mediterráneo, pero hoy se tiende a interpretarlos como trasvases de población, consecuencia sobre todo de causas naturales.

Es también ahora el gran momento de florecimiento de la metrópoli gaditana, como queda reflejado en la enorme riqueza de sus ajuares funerarios (Perdigones *et al.*, 1990) y que sin duda debe explicarse por la pujante actividad mercantil, sustentada en la industria pesquera.

El tema de la presencia cartaginesa ha generado numerosa bibliografía y no menos polémica (Niveau de Ville-dary, e.p.). Desde el punto de vista del urbanismo se ha responsabilizado a los caudillos cartagineses de ser los que introducen en la península el concepto de ciudad tal y como hoy lo conocemos (Bendala *et al.*, 1986, 124). Para los que defienden esta postura, Cartago, en el s. III, estaría totalmente inmersa dentro de la *koiné* helenística imperante en el Mediterráneo. Las fundaciones cartaginesas en la Península -de las que sólo tenemos constancia arqueológica para *Carthago Nova*- estarían concebidas según la idea clásica de la *polis* griega (Bendala, 1989, 142) y se impondría un modelo de gran ciudad o *megalópolis* de planta hipodámica. Esta relativa unidad urbana mediterránea sería la que propiciaría la rápida incorporación de las ciudades del mediodía peninsular a la órbita romana. Polémicas aparte -habría que discutir con más profundidad sobre los conceptos y modelos de ciudad-, sí debemos atribuir a los Bárquidas la introducción de nuevas técnicas de factura helenística, sobre todo en lo concerniente a arquitectura defensiva y militar (Barrionuevo *et al.*, e.p.). Entre los ejemplos de los que tenemos constancia cabe mencionar la muralla del s. III del Castillo de Doña Blanca, la de Cartagena (Martín Camino, 1993, 49-50) y los lienzos de Carteia (Bendala *et al.*, 1994) y Carmona (Jiménez, 1989).

■ ASPECTOS ARQUEOLÓGICOS DEFENSIVOS Y URBANOS

FORTIFICACIONES (figura 3)

Los sistemas de fortificaciones aparecen en la prehistoria peninsular desde el calcolítico y el bronce, con poblados como El Argar, Fuente Álamo o Los Millares (Chapman,

1991), donde documentamos murallas, restos de empalizadas, fosos y otros recursos defensivos. A partir del s. VIII a.C. algunos asentamientos se guarnecen de fortificaciones de considerable entidad y con notables modificaciones técnicas, hecho vinculado a la llegada de las poblaciones orientales.

Los ss. VIII y VII, primer gran momento constructivo, están presididos por murallas construidas con piedra habitualmente poco trabajada y trabada con argamasa (Castillo de Doña Blanca, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 99-100; Barrionuevo *et al.*, e.p.), o por el propio peso de los sillarejos (Tejada la Vieja, García Sanz, 1987, 96), y con frecuencia enlucidas sus caras exteriores con fábrica de tapial (Castillo de Doña Blanca, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 99; Barrionuevo *et al.*, e.p.). Estas murallas suelen presentar dos lienzos paralelos, rellenos luego con material de acarreo (bastión arcaico del Castillo de Doña Blanca, Barrionuevo *et al.*, e.p.; Tejada la Vieja -García Sanz, 1987, 96), o incluso siguiendo el esquema de las murallas de casamatas o casernas, como podría ser el caso de la fase arcaica en el Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, Pérez, 1995, 99-100; Barrionuevo *et al.*, e.p.), técnica típicamente oriental (Leriche, 1992, 173). Los paramentos de la muralla se reforzaban en ocasiones con contrafuertes como en Tejada la Vieja (García Sanz, 1987, 98) y con bastiones, éstos de carácter eminentemente defensivo, documentados durante el s. VIII en el Castillo de Doña Blanca (Barrionuevo *et al.*, e.p.), y posteriormente en Carmona durante el s. III (Jiménez, 1989, 182). Es probable que la altura se viera incrementada por estructuras más efímeras, como muretes de adobe y tapial, tal como parece documentarse en Tejada la Vieja (García Sanz, 1987, 98-99) o en el Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, Pérez, 1995, 99).

Es frecuentes el uso de fosos defensivos de sección en V desde los primeros momentos (Toscanos -Niemeyer, 1985, 116-; Castillo de Doña Blanca, Barrionuevo *et al.*, e.p.), que reforzaban la eficacia de la muralla, complementada en algún caso con un pequeño antemuro de tapial o *proteikisma* (Castillo de Doña Blanca).

Los esquemas básicos perduran en los siglos posteriores, variando sobre todo las técnicas constructivas y la inclusión de algunos elementos nuevos. Durante los ss. VI y V encontramos ya con claridad las murallas de casernas (Castillo de Doña Blanca, Barrionuevo *et al.*, e.p.) y técnicas constructivas similares, de mampuestos irregulares y morteros blanquecinos o con piedras medianas y grandes escuadradas al exterior calzadas con pequeños ripios (Castillo de Doña Blanca -Barrionuevo *et al.*, e.p.; Niebla -Belén, Escacena, 1993, 147) o el llamado muro de pilares u *opus africanum* (Carmona, Belén *et al.*, 1993; o el más tardío de Niebla, Belén, Escacena, 1993). Estos modelos y técnicas orientales (Barrionuevo *et al.*, e.p.; Belén, Escacena, 1993, 152-154) continuarán en uso posteriormente, como se aprecia en el nuevo trazado amurallado que se erige en el Castillo de Doña Blanca en los ss. IV y III, completado por torres cuadrangulares que jalonan su perímetro y donde conviven con las viejas técnicas constructivas otras de aspecto más cuidado, con sillares bien tallados -al menos al exterior-, aunque no regulares

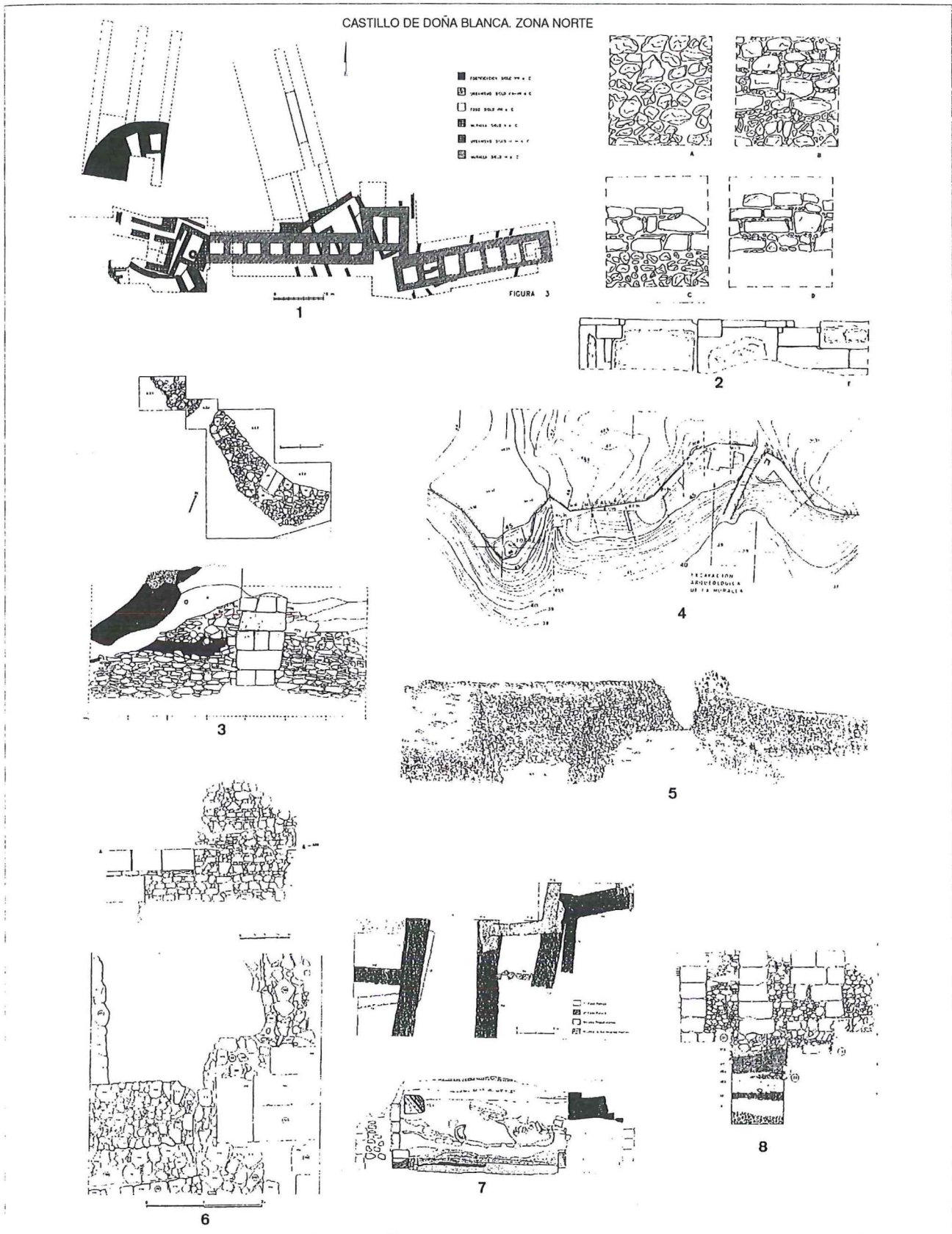


Figura 3. MUROS Y MURALLAS: 1. Fases de las murallas y elementos defensivos de la ciudad fenicia del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) según Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.; 2. Diferentes técnicas edilicias utilizadas en las murallas del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) según Barrionuevo *et al.*, e.p.; 3. Planta y alzado del muro de contención del Cabezo de San Pedro (Huelva) según García Sanz, 1988-89; 4. Trazado de la muralla de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) según Fernández Jurado 1987; 5. Alzado de la muralla de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) según Fernández Jurado; 6. Muro de Carmona (Sevilla) según Belén *et al.*, 1993; 7. Muros de época púnica de Carteia (San Roque, Cádiz) según Bendala *et al.*, 1994; 8. Muro protohistórico de la Puerta de Sevilla en Niebla(Huelva) según Belén, Escacena, 1993.

(Barrionuevo *et al.*, e.p.). Murallas de similares características para esta época la documentamos en Carmona (Jiménez, 1989), Carteia (Roldán, Bendala, 1996, 21-22) o Cartagena (Martín Camino, 1993, 49-50). Estas técnicas perduran considerablemente, siendo utilizadas incluso en época romana, como ocurre con algunos paramentos excavados en Niebla (Belén, Escacena, 1993), fechados entre los s. III y II a.C., y construido según la técnica de raigambre oriental denominada *opus africanum*.

■ VIVIENDAS (figura 4)

El principal problema que hallamos para analizar la organización urbanística de la protohistoria es la falta de yacimientos excavados en extensión, por lo que debemos trabajar con información sesgada. En las ciudades protohistóricas (fig. 2), tanto fenicias como indígenas, predominan los edificios de plantas cuadrangulares organizados en ínsulas en torno a calles de anchura variable (Castillo de Doña Blanca, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 103-107, Tejada la Vieja, Fernández Jurado, García Sanz, 1987, 113-114, Alhonor, López Palomo, 1981, 129-132, Toscanos, Niemeyer, 1985, 113, Morro de Mezquitilla, Schubart, 1986, 63-68-, etc.), a veces pavimentadas -calles de los s. IV-III del sector sudeste del Castillo de Doña Blanca (Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.), o calles del área 78-B de Alhonor (López Palomo, 1981, 131)- y de espacios abiertos o plazas (poblado de Las Cumbres, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 106-107; Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.).

Tenemos documentadas sobre todo viviendas, generalmente de un piso (aunque también de dos, como el almacén de Toscanos, Schubart, Maass-Lindemann, 1984, 61), siendo escasos por ahora los edificios de carácter público (u otros de uso no doméstico) conocidos. Las viviendas responden a esquemas muy similares en toda Andalucía. Son de planta cuadrangular, salvo raras excepciones, como el edificio A de Montemolín (Chaves, Bandera, 1991, 701-704) o las cabañas de Acinipo (Aguayo, *et al.*, 1985). Sus muros son de tapial asentados habitualmente sobre un zócalo de piedra que descansa sobre el suelo natural sin zanja de cimentación (Castillo de Doña Blanca, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 103-107; Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p., Huelva -nivel III de Puerto 6, cuadros B-1 y B-2 de Méndez Núñez 4-6, habitaciones H-3 y H-4 de Puerto-12 (García Sanz, 1988-89, 150)-, Tejada la Vieja, Fernández Jurado, García Sanz, 1987, 110, Cerro de la Cabeza, Domínguez *et al.* 1988, 126, Morro de Mezquitilla, Schubart, 1986, 67, etc.), aunque en ocasiones se construye completamente de adobes -en los muros medianeros- (Méndez Núñez 8, en Huelva, García Sanz, 1988-89, 150; Montemolín, Chaves, Bandera, 1991, 698-, Morro de Mezquitilla -Schubart, 1986, 63), o mampostería (Castillo de Doña Blanca, Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.; poblado de Las Cumbres, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 106), estando el exterior enlucido con cal y revocado (Castillo de Doña Blanca, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 104, Huelva, García Sanz, 1988-1989, 150; Toscanos, Schubart, Maass-Lindemann, 1984, 61).

La cubierta de las viviendas debió ser plana, construida con materia vegetal -raramente, con lajas de piedra (Teja-

da la Vieja, Fernández Jurado, García Sanz, 1987, 111), sustentada por los propios muros maestros y por un entramado de postes y vigas de madera (Huelva: Méndez Núñez, 8, García Sanz, 1988-89, 158), en ocasiones apoyados en basas de piedra (Las Cumbres, Ruiz Mata, Pérez 1995, 106, Alhonor, López Palomo, 1981, 131). Es posible que, en ocasiones, las techumbres prolongasen su vuelo sobre parte del muro externo apoyándose en postes y formando una especie de soportal o pequeña galería cubierta, como parece documentarse en Tejada la Vieja (Fernández Jurado, 1987, 111) y Alhonor (López Palomo, 1981, 131).

La distribución interna de las casas, de varias habitaciones de pequeño tamaño sin patio y separadas por muros de adobe elevados en ocasiones sobre zócalos de piedra (Las Cumbres, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 106), parece seguir un modelo oriental (Braemer, 1992), como podemos ver con claridad en viviendas del Castillo de Doña Blanca (Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.), Morro de Mezquitilla (Schubart, 1986) y Chorreras (Aubet *et al.*, 1979). Algunos edificios presentan estancias centrales en torno a la cual se organiza todo el espacio interno, como los patios abiertos de Cerro Naranja, del s. III (en este caso, el patio responde a actividades económicas muy específicas, González, 1987) o quizás de la casa H de Toscanos (Schubart, Maass-Lindemann, 1984, 61), o la habitación (no sabemos si cubierta) del complejo F de Morro de Mezquitilla, del s. VIII (Schubart, 1986, 68). Algo similar hallamos en los zaguanes o espacios abiertos interiores de algunas viviendas de Tejada la Vieja (Fernández Jurado, García Sanz, 1987, 111-112). Los pocos estudios microespaciales desarrollados -Montemolín (Chaves, Bandera, 1991), Cerro del Villar (Barceló *et al.*, 1995) o Cancho Roano (Almagro-Gorbea *et al.*, 1990)- proporcionan alguna información sobre la posible organización funcional de su espacio interior, en relación a las distintas actividades en ellas desempeñadas, relacionados con la producción industrial y con usos religiosos. Algunas estancias presentan frecuentemente pavimentos de arcilla roja, extendidos sobre una capa de cal (Huelva, García Sanz, 1988-1989, 151, Tejada la Vieja, Fernández Jurado, García Sanz, 1987, 110, Castillo de Doña Blanca, Ruiz Mata, Pérez, 1995, 103-107; Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p., Montemolín, Chaves, Bandera, 1991, 698, Cerro de la Cabeza, Domínguez *et al.*, 1988, 126, etc.), o bien pavimentos de conchas, pequeños guijarros o lajas (Alhonor, López Palomo, 1981, 131, Montemolín, Chaves, Bandera, 1991, 698, Tejada la Vieja, Fernández Jurado, García Sanz, 1987, 110, y Huelva, García Sanz, 1988-89, 153).

Estas características mantienen una tendencia relativamente uniforme durante toda la protohistoria, tanto en las técnicas constructivas como en la distribución interna de los espacios. Ejemplos de esta continuidad los encontramos en Huelva (García Sanz, 1988-1989), en el Castillo de Doña Blanca -s. VI al III- y el poblado de Las Cumbres (Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.).

Además se documentan otros edificios de carácter artesanal. Los llamados edificios públicos en las ciudades protohistóricas no están claramente documentados, sobre todo en los primeros momentos. Relacionados con las

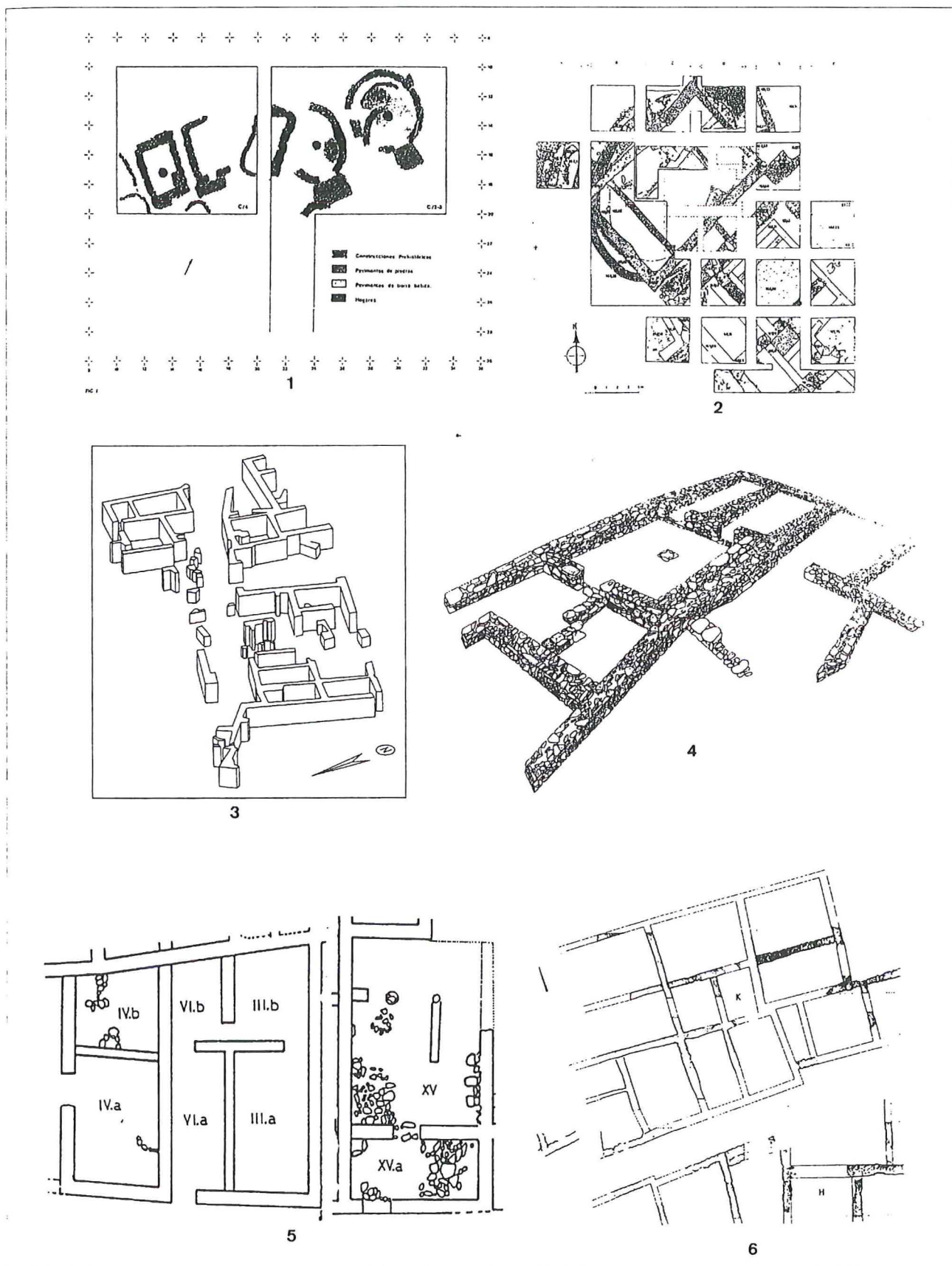


Figura 4. VIVIENDAS: 1. Viviendas de planta cuadrangular y planta redonda del yacimiento protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga) según Aguayo *et al.*, 1985; 2. Ejemplo de superposición de plantas redondas y cuadradas en los edificios del Sector I de Montemolín (Marchena, Sevilla) según Chaves, Bandera, 1991; 3. Perspectiva isométrica de las viviendas del yacimiento fenicio de Chorreras (Vélez-Málaga, Málaga) según Martín Ruiz, 1995; 4. Vivienda de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) según Fernández Jurado, 1987; 5. Modelo de vivienda del poblado de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca, Puerto de Santa María, Cádiz) según Ruiz Mata, Pérez, 1995; 6. Viviendas de Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga) según Schubart, 1986.

actividades comerciales podrían estar los edificios de planta rectangular interpretados como almacenes por sus respectivos excavadores en yacimientos fenicios, como Toscanos (Niemeyer, 1985, 113) y Abul (Mayet, Tavares da Silva, 1993), o en otros indígenas, como Tejada la Vieja (Fernández Jurado, García Sanz, 1987, 111). Aparecen también estructuras de almacenamiento en época posterior, relacionadas con la actividad industrial, en Cerro Naranja (González, 1987) y Las Cumbres (Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.).

■ LOS LUGARES DE CULTO (figura 5)

En cuanto a los edificios de carácter religioso, no se parece ninguno documentado con certeza, aunque algunos podrían responder a esta funcionalidad, como el edificio C de Montemolín, vinculado con rituales sacrificiales (Barrera *et al.*, 1995, 319-323). Recientemente se han documentado altares en Coria del Río, y restos de posibles edificios religiosos en Carmona (Belén *et al.*, 1997, 181-188). Conocemos también las estructuras de La Algaida, interpretadas por su excavador como un santuario (Corzo, 1991), y el poblado bajo de El Carambolo (Carriazo, 1973), cuyos espacios podrían relacionarse con usos culturales (información oral que agradecemos a los Drs. Belén y Escacena), al igual que el fondo de cabaña, según esgrimen algunos investigadores (Blanco, 1979, 95). Estos testimonios reflejan que, aparentemente, no existe una tipología arquitectónica específica para los espacios culturales, muy similares en todo a los edificios de hábitat. Las diferencias radican primordialmente en el mobiliario presente en estas estructuras, abundante en objetos de calidad y poco usuales en contextos domésticos (*pithoi* con decoración figurada, objetos de marfil, etc.).

Además de estos testimonios, localizados en algún caso en contextos urbanos –Carmona, por ejemplo–, contamos con otros, más desvinculados de la entidad ciudadana, como el templo de *Melqart* o la cueva-santuario de *Gorham's Cave* (Belén, Pérez, e.p.). Estos centros podrían responder a un cierto carácter de templo o santuario supraurbano, de reconocido prestigio y autoridad en una extensa área, sin vinculación directa y unívoca a una sola ciudad. Lo estratégico de sus emplazamientos –en plena ruta Atlántico-Mediterráneo– y la fama que en la antigüedad mantuvieron como hitos en la navegación y el comercio (especialmente, el templo de *Melqart*) apuntan en esa dirección.

Los centros religiosos se convierten así en nudos básicos de una red de control político y económico en todo el Bajo Guadalquivir, que garantiza las tramas de relaciones y las estructuras político-territoriales que se establecen en los distintos momentos de la protohistoria andaluza.

■ NÚCLEOS INDUSTRIALES (figura 6)

Desde el s. VIII documentamos en diversos yacimientos andaluces indicios de actividades artesanales. Algunas de ellas tienen carácter abiertamente doméstico, como el procesamiento de alimentos, caso de las tahonas (Huelva, García Sanz, 1988-1989, 151, Castillo de Doña Blanca,

Ruiz Mata, Pérez, 1995, 105) o molinos (Alhonor, López Palomo, 1981, 131, Castillo de Doña Blanca, Barrionuevo, Ruiz Mata, e.p.). Otras no se destinan al consumo doméstico, como las relacionadas con la metalurgia. Las labores del beneficio y transformación de los metales se documentan desde el s. VIII en el poblado de San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata, 1981; Ruiz Mata, Fernández Jurado, 1986). Durante los ss. VII y VI, documentamos estructuras arquitectónicas vinculadas con la metalurgia en Huelva (hornos metalúrgicos, García Sanz, 1988-89, 154-156), en Tejada la Vieja (lavadero de mineral y posibles hornos, Fernández Jurado, García Sanz, 1987, 112-113), en Toscanos (Keesmann, Niemeyer, 1989) o en Morro de Mezquitilla (Schubart, 1986, 63). Posteriormente, es menos frecuente encontrarlos, lo que quizás responda a los cambios estructurales económicos que se producen en la Turdetania a partir del s. VI a.C. (Ruiz Mata, 1997). En este momento apreciamos cómo la transformación de productos agropecuarios y su posterior comercialización constituyen uno de los pilares de la economía turdetana con la proliferación de las factorías de salazones, sobre todo en la costa atlántica gaditana y onubense, las almazaras y los lagares (Niveau de Villedary, Ruiz Mata, e.p.).

Las factorías de salazones aparecen frecuentemente fuera de los núcleos urbanos, obediendo su emplazamiento a la accesibilidad a los recursos (pesca, sal) (Vallejo *et al.*, e.p.). La factoría de Las Redes estuvo activa durante los ss. V, IV y III (Muñoz *et al.*, 1988, 490-496). Consta de un edificio de planta cuadrada dividido en cinco estancias, cada una de ellas con una función específica: procesamiento del pescado, almacenamiento y limpieza del mismo, almacenamiento del producto resultante, almacenamiento de útiles de trabajo y piletas de maceración del pescado. Indicios de estructuras similares los encontramos en el área señalada desde el s. VI, perdurando hasta época romana (Vallejo *et al.*, e.p.).

Los primeros indicios claros de la producción industrial del aceite los encontramos en Cerro Naranja, Jerez de la Frontera (González, 1987), pequeño asentamiento de carácter rural, con un sólo momento de ocupación (fines del s. IV y todo el III), donde el espacio arquitectónico queda distribuido desde un principio con finalidades concretas. De planta cuadrangular, en torno a un patio central se organizan las estancias, de muros de piedra, destinadas a usos domésticos y almacenes. Entre las estructuras aparecen dos piletas cuidadosamente revocadas, posibles contenedores de líquido, y una hilada de piedra dispuesta circularmente en el patio, quizás la base de un molino o prensa. Todos estos elementos se han relacionado con un centro de producción de aceite (González, 1987, 40).

En un contexto cronológico e histórico parecido –s. IV y III– se encuadran los primeros vestigios conocidos de la elaboración del vino: los lagares del Castillo de Doña Blanca y del vecino poblado de Las Cumbres (Ruiz Mata, 1995; Ruiz Mata, Niveau de Villedary, e.p.). La ínsula excavada en Las Cumbres consta de diversas estancias rectangulares y estructuras relacionadas con la transformación del mosto de uva, destacando las piletas donde se pisaba el fruto, comunicadas por un canalillo, todo ello

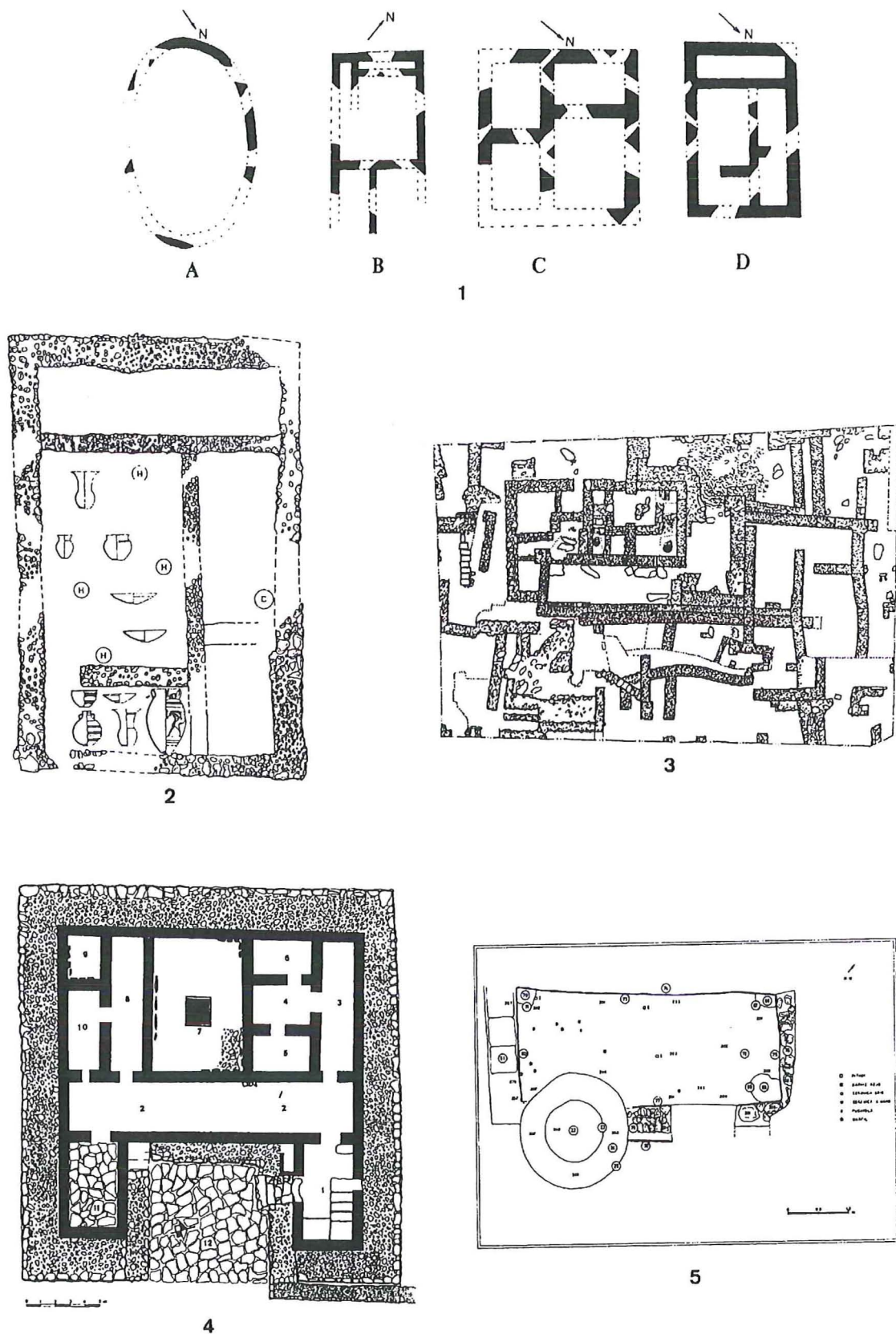


Figura 5. AREAS DE CULTO: 1. Plantas de los edificios singulares del Sector I de Montemolín (Marchena, Sevilla) según Bandera *et al.*, 1995; 2. Análisis microespacial del edificio D de Montemolín (Marchena, Sevilla) según Bandera *et al.*, 1995; 3. Planta del “poblado bajo” de El Carambolo (Camas, Sevilla) según Carriazo, 1973; 4. Santuario de Cancho Roano (Zalamea la Serena, Badajoz) según Maluquer; 5. Planta y distribución de los hallazgos del posible santuario de Carmona (Sevilla) según Belén *et al.*, 1997.

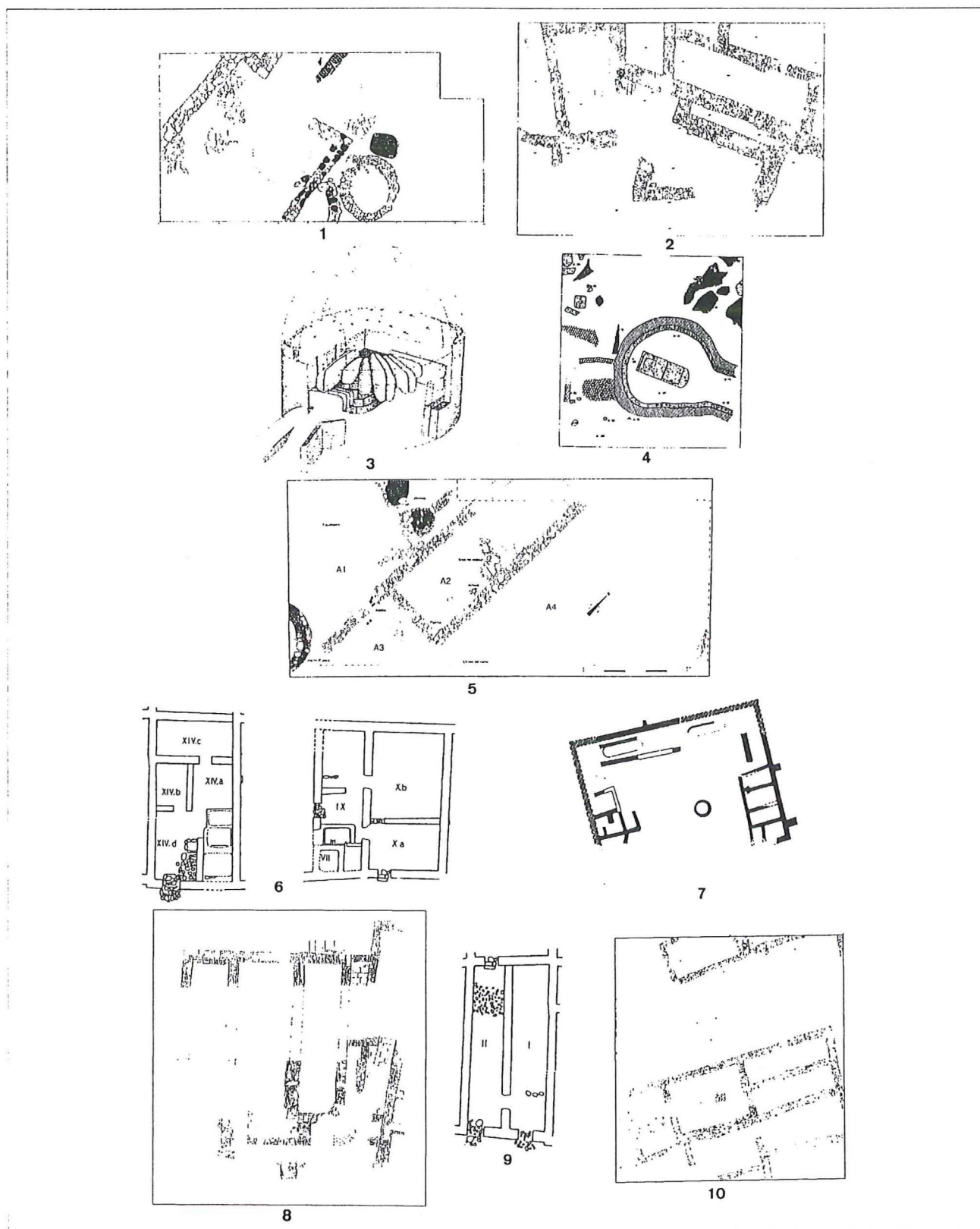


Figura 6. ZONAS INDUSTRIALES Y DE PRODUCCIÓN: 1. Horno metalúrgico del solar de Puerto-6 (Huelva) según García Sanz, 1988-89; 2. Posible lavadero de metal de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) según Fernández Jurado, 1987; 3. Reconstrucción del horno de Pajar de Artillo (Santiponce, Sevilla) según Luzón, 1973; 4. Horno alfarero del Corte G del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla) según Fernández, 1979; 5. Taller alfarero del Cerro del Villar (desembocadura del río Guadalhorce, Málaga) según Barceló *et al.*, 1995; 6. Piletas, posiblemente lagares, del poblado de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca, Puerto de Santa María, Cádiz) según Ruiz Mata, Niveau de Villedary, e.p.; 7. Villa rural de Cerro Naranja y posibles almazaras (Jerez de la frontera, Cádiz) según González, 1987; 8. Edificio C -almacén- de la factoría fenicia de Toscanos (Vélez-Málaga, Málaga) según Niemeyer; 9. Almacenes del poblado de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca, Puerto de Santa María, Cádiz) según Ruiz Mata, Pérez, 1995; 10. Almacenes de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva) según Fernández Jurado, 1987.

acabado con un cuidado recubrimiento, y las estructuras circulares en patios descubiertos, empleadas posiblemente para el cocimiento del mosto (Ruiz Mata, 1995, 202).

Los alfares más antiguos, que se remontan al s. VI, son los de La Campiña de Marmolejo (Molinos *et al.*, 1988) y Cerro del Villar (Barceló *et al.*, 1995), existiendo ejemplos del s. IV -hornos de los cortes G, H-1 y H-2 de Cerro Macareno (Fernández *et al.*, 1979, 26-28; Córdoba, Ruiz Mata, e.p.), y los del Pajar de Artillo (Luzón, 1973)-, y del s. III -Torre Alta (San Fernando) (Perdigones, Muñoz, 1988). El estado actual de la documentación arqueológica no nos permite concluir sobre la posición de estos centros productores en el entramado urbano de los respectivos asentamientos, sobre cuya integración no dudamos. Los análisis microespaciales sí nos permiten conocer mejor, sin embargo, el proceso técnico de elaboración y la lógica funcional del espacio empleado en el mismo. Así, en un edificio del Cerro del Villar, de planta rectangular, hallamos estancias destinadas a las distintas etapas del proceso de producción de cerámicas: procesamiento de las materias primas, modelado, secado, cocción y almacenamiento de las materias primas (Barceló *et al.*, 1995). Espacios singulares se perciben también en las estructuras de La Campiña, adscribibles a los hornos de cocción y a áreas para el modelado de las piezas y otras de almacenamiento (Molinos *et al.*, 1988).

El modelo arquitectónico urbano que hemos descrito posee sus precedentes en modelos orientales (Braemer, 1992; Leriche, 1992) y difiere de los modelos indígenas documentados en el bronce final. Sin llegar a sustituirlos claramente antes del s. VI a. C. -como apreciamos en los yacimientos de El Trobal y Vaina (Ruiz Mata, González, 1994)- vemos cómo ese modelo oriental fenicio, documentado con más antigüedad y evidencia en las ciudades y factorías fenicias -Castillo de Doña Blanca-Gadir, Morro de Mezquitilla, Toscanos, Cerro del Villar, Abul, etc.- empieza a asumirse en asentamientos indígenas ubicados en otras áreas, como Tejada la Vieja, Huelva, Montemolín o Carmona. Así lo hemos visto en algunos de los ejemplos que se han citado para ilustrar el alcance y uso de estas técnicas y modelos constructivos orientales, vinculados sin duda a la llegada de los fenicios al occidente mediterráneo desde el s. VIII a.C. y a los modelos urbanos que conocían. La relativa facilidad, no obstante, con la que se adoptan algunos elementos de este modelo nos hace suponer que, conceptualmente, la idea urbana ya existía entre los moradores del mediodía peninsular y el fenómeno que tratamos sólo varió la fisonomía externa -la forma- de esa idea urbana acelerando el proceso que de algún modo ya se había iniciado en el calcolítico con la existencia de poblados como Valencina de la Concepción, en Andalucía occidental, y Los Millares, y otros ejemplos del sureste.

❖ LAS CIUDADES TURDETANAS Y LA ROMANIZACIÓN

Hoy se admite sin apenas discusión que Roma aprovechó en gran medida la red y estructuración urbana preexistente (Bendala, 1989, 142; Bendala *et al.*, 1986, 128) y que la fundación de nuevas ciudades puede considerarse un fe-

nómeno episódico y ocasional (García-Gelabert, 1993, 104). Ciudades como *Carteia*, *Hispalis* e *Itálica* se asientan sobre el núcleo de población turdetano anterior, dando lugar la mayor parte de las veces a poblaciones mixtas. El caso de *Itálica* es paradigmático en tanto que se ha venido negando sistemáticamente la evidencia arqueológica (Luzón, 1973, 11; Bendala, 1981, 40-41) con el fin de autenticar a toda costa la información transmitida por Apiano, que sitúa su fundación en el año 206. El análisis de los materiales del primer nivel arqueológico de las excavaciones en el Pajar de Artillo (Luzón, 1973) no ofrece ninguna duda respecto a la existencia de una población prerromana. Estos materiales se fechan de acuerdo a los datos de los yacimientos de la zona en torno al s. IV. La documentación de un horno alfarero con claros paralelos en el Cerro Macareno fechados en el s. IV (Fernández *et al.*, 1979, 26-28; Córdoba, Ruiz Mata, e.p.) contribuyen a dar solidez a la nueva datación.

Roma, en definitiva, reorienta la estructura urbana existente en la Turdetania antes de su llegada en el s. II, en pro de sus intereses. La República asumió y reconoció en cierto modo gran parte de las jerarquías urbanas preexistentes, incluyéndolas progresivamente en el cuerpo administrativo que fue desarrollando en estos primeros siglos. La Turdetania -la *Baetica* romana- entró así a formar parte de la nueva entidad económica, política y administrativa capitalizada por la *Urbs*, adaptándose a las nuevas formas y dentro del sistema-mundo que constituyó -y seguiría constituyendo- el *Mare Nostrum*.

❖ BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L.; BENDALA, M. (1995): Urbanismo y ciudad: de las formaciones ibéricas a la consolidación del modelo romano, *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, Elche.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; TORRE, M.P. DE LA; FLORES, C. (1985): El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga), *Anuario Arqueológico de Andalucía, II*, Sevilla, 294-303.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1993): Tarteso desde sus áreas de influencia: la sociedad palacial en la Península Ibérica, *Los enigmas de Tarteso* (J. Alvar y J.M. Blázquez, eds.), Madrid, 139-161.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ, A.; LÓPEZ-AMBITE, F. (1990): Cancho Roano. Un palacio orientalizable en la Península Ibérica, *Madrid Mitteilungen*, 31, 251-308.
- AUBET, M.E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.
- AUBET, M.E. (1991): El asentamiento fenicio del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga), *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica de Ibiza*, 101-108.
- AUBET, M.E.; MAAS-LINDEMANN, G.; SCHUBART, H. (1979): Chorreras. Un establecimiento fenicio al este de la desembocadura del Algarrobo, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6, 89-138.
- BANDERA, M.L. DE LA; CHAVES TRISTÁN, F.; FERRER ALBELDA, E.; BERNÁLDEZ SÁNCHEZ, E. (1995): El yacimiento tartésico de Montemolín, *Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Tartessos 25 años después (1968-1993)*, Jerez, 315-332.

- BARCELÓ, J.A.; DELGADO, A.; FERNÁNDEZ, A.; PÁRRAGA, M. (1995): El área de producción alfarera del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga), *RStudFen*, XXIII, 2, 147-182.
- BARRIONUEVO, F.J.; RUIZ MATA, D. (e.p.): Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz), *II Encontro de Arqueología do Sudoeste, Faro*, 1996.
- BARRIONUEVO, F.J.; RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C.J. (e.p.): Fortificaciones de casernas del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz), *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena*, 1997.
- BELÉN, M.; ANGLADA, R.; ESCACENA, J.L.; JIMÉNEZ, A.; LINEROS, R.; RODRÍGUEZ, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*. Sevilla.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1990): Niebla (Huelva). Excavaciones junto a la Puerta de Sevilla (1978-1982). La Cata 8, *Huelva Arqueológica*, XII, 167-305.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1992): Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental, Paleontología de la Península Ibérica (M. Almagro-Gorbea, G. Ruiz Zapatero, eds.), *Complutum*, 2-3, 65-87.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1993): Influencia fenicia en la arquitectura antigua de Niebla (Huelva), *Trabajos de Prehistoria*, 50, 139-158.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L.; ANGLADA, R.; JIMÉNEZ, A.; PARDO, M.R.; PASCUAL DEL POBIL, A. (1993): Arquitectura de tradición fenicia en Carmona (Sevilla), *Spal*, 2, 219-242.
- BELÉN, M.; PÉREZ, I. (e.p.): Gorham's Cave. Un santuario de navegantes en el Estrecho, *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Cádiz*, 1995.
- BENDALA GALÁN, M. (1981): La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador, *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, Madrid, 33-48.
- BENDALA GALÁN, M. (1989): La génesis de la estructura urbana en la España Antigua, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16, 127-147.
- BENDALA GALÁN, M. (1995): El concepto urbano en la protohistoria peninsular, *El mundo ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2.000* (J. Blánquez, ed.), Toledo, 113-117.
- BENDALA GALÁN, M.; FERNÁNDEZ OCHOA, C.; FUENTES DOMÍNGUEZ, A.; ABAD CASAL, L. (1986): Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista, *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, 121-140.
- BENDALA GALÁN, M.; ROLDÁN GÓMEZ, L.; BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; MARTÍNEZ LILLO, S. (1994): Proyecto Carteia: Primeros resultados, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21, 81-116.
- BLANCO, A. (1979): *Historia de Sevilla, I (1). La ciudad antigua (De la Prehistoria a los visigodos)*. Sevilla.
- BRAEMER, F. (1992): Architecture domestique, *Dictionnaire de la civilization phénicienne et punique* (E. Lipinski, ed.), Bruselas-París, 36-39.
- CARRIAZO, J.DE M. (1973): *Tartessos y El Carambolo*. Madrid.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1992): Cancho Roano. Un centro comercial de carácter político-religioso e influencia oriental, *RStudFen* XX, 1, 19-46.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Barcelona.
- CHAVES TRISTÁN, F.; BANDERA ROMERO, M.L. DE LA (1991): Aspectos de la urbanística en Andalucía Occidental en los s. VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla), *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punic, Roma*, 1987, III, Roma, 691-714.
- CHAVES TRISTÁN, F.; BANDERA M.L. DE LA; GARCÍA VARGAS, E.; FERRER ALBELDA, E.; ORIA SEGURA, M. (1993): Proyecto: Investigación arqueológica en Montemolín. (1980-1992), *Investigaciones arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos*. Huelva, 501-513.
- CHILDE, V.G. (1986): *Los orígenes de la civilización*. México.
- CÓRDOBA ALONSO, I; RUIZ MATA, D. (e.p.): Los hornos turdetanos del Cerro Macareno. Cortes H.I y H.II, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena*, 1997.
- CORZO, R. (1991): Piezas etruscas del santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz), *La presencia del material etrusco en la Península Ibérica* (J. Remesal y O. Musso, eds.), Barcelona, 399-411.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, M.; CABRERA, P.; FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988): Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, 121-186.
- EIROA, J.J. (1989): *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*. Murcia.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. (1983): Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir, *Gades* 11, 39-83.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. (1987): El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir, *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico, Jaén*, 1985 (A. Ruiz y M. Molinos, eds.), Jaén, 273-297.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. (1989): Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida, *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, (M.E. Aubet, ed.), Sabadell, 433-476.
- ESTEVE GUERRERO, M. (1969): Asta Regia : una ciudad tartésica, *Tartessos y sus problemas. V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez, 111-118.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): Tejada La Vieja: Una ciudad protohistórica, *Huelva Arqueológica IX*, Huelva.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987a): El poblamiento ibérico en Huelva, *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico, Jaén*, 1985 (A. Ruiz y M. Molinos, eds.), Jaén, 315-326.
- FERNÁNDEZ JURADO, J.; GARCÍA SANZ, C. (1987): Arquitectura y Urbanismo de Tejada, *Tejada la Vieja: Una ciudad protohistórica*. (J. Fernández Jurado), Huelva, 107-116.
- FERNÁNDEZ, F.; CHASCO, R.; OLIVA, D. (1979): Excavaciones en el Cerro Macareno (Cortes E, F, G. Campaña 1974), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 7, 7-93.
- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M.P. (1993): Indigenismo y romanización en Turdetania durante la República, *ETFF(hist)*, 6, 99-132.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1945): *España y los españoles hace dos mil años. Según la Geografía de Estrabón*. Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1947): *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*. Madrid.
- GARCÍA SANZ, C. (1987): Excavación de la muralla de Tejada, *Tejada la Vieja: Una ciudad protohistórica*. (J. Fernández Jurado), Huelva.
- GARCÍA SANZ, C. (1988-89): El urbanismo protohistórico de Huelva, Tartessos y Huelva (J. Fernández Jurado, ed.), *Huelva Arqueológica*, X-XI, 3, 143-175.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1987): Notas sobre las excavaciones de urgencia realizadas en el yacimiento prerromano de "Cerro Naranja" (Finca de los Garcíagos, Jerez de la Frontera, Cádiz), *Cádiz en su Historia. VI Jornadas de Historia de Cádiz*. Cádiz, 27-44.

- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1992): Tartessos en la historiografía: Una revisión crítica, *La colonización fenicia en el Sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación*. Almería, 81-115.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1993): Las estructuras del mundo tartésico, *Los enigmas de Tarteso* (J. Alvar y J.M. Blázquez, eds.), Madrid, 103-116.
- JIMÉNEZ, A. (1989): *La puerta de Sevilla en Carmona*. Málaga.
- KEESMANN, I.; NIEMEYER, H.G. (1989): Un centro primitivo de la elaboración de hierro en la factoría fenicia de Toscanos, *Minería y metalurgia en las antiguas sociedades mediterráneas y europeas*, Madrid, 99-108.
- LERICHE, P. (1992): Fortification, *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique* (E. Lepinski, ed.), Bruselas-París, 173-175.
- LÓPEZ PALOMO, L.A. (1981): Alhonor: (excavaciones de 1973 a 1978), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11, 33-187.
- LUZÓN NOGUÉ, J.M. (1973): Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (Campaña 1970). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 78. Madrid.
- MANGAS, J. (1996): *Aldea y ciudad en la antigüedad hispana*. Madrid.
- MARTÍN CAMINO, M. (1993): Carthago Nova, *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*. Madrid, 45-59.
- MARTÍN RUIZ, J.A. (1995): *Catálogo documental de los fenicios en Andalucía*. Sevilla.
- MAYET, F.; TAVARES DA SILVA, C. (1993): A presença fenicia no Baixo Sado, *Estudios Orientais*, IV, Lisboa, 127-142.
- MOLINOS, M.; SERRANO, J.L.; COBA, B. (1988): Excavaciones arqueológicas en el asentamiento de "La Campiña". Marmolejo, Jaén, *Anuario Arqueología de Andalucía*, III, Sevilla, 197-203.
- MUÑOZ, A.; FRUTOS, G. DE; BERRIATÚA, N. (1988): Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la bahía de Cádiz, *Actas de I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar, Ceuta, 1987*, I, Madrid, 487-508.
- NIEMEYER, H.G. (1979): Toscanos, campañas de 1973 y 1976 (con un apéndice sobre los resultados de la campaña de 1978), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6, 219-258.
- NIEMEYER, H.G. (1985): El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función. *Aula Orientalis*, III, 109-126.
- NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. (e.p.): El sur de la península y el norte de África durante los siglos IV y III a.C., *Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo. El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente, Madrid, 1997*.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A.M.; RUIZ MATA, D. (e.p.): Estructuras industriales turdetanas del siglo III a.n.e. en el entorno de la Bahía de Cádiz, *XI Encuentros de Historia y Arqueología, El Urbanismo como fenómeno histórico y social. De la Aldea Neolítica a la Ciudad Romana, San Fernando, 1995*.
- PERDIGONES, L.; MUÑOZ, A. (1988): Excavaciones arqueológicas de urgencia en los hornos púnicos de Torre Alta. San Fernando, Cádiz, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, Sevilla, 106-112.
- PERDIGONES, L.; MUÑOZ, A.; PISANO, G. (1990): La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz. *Studia Punica*, 7, Roma.
- ROLDÁN, L.; BENDALA GALÁN, M. (1996): Carteia, ciudad púnica y romana, *Revista de Arqueología*, 183, 16-25.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.
- RUIZ MATA, D. (1981): El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva), *Madrider Mitteilungen*, 22, 150-170.
- RUIZ MATA, D. (1983): El yacimiento de Valencina de la Concepción (Sevilla) en el marco cultural del Bajo Guadalquivir, *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, Tomo I, 183-208.
- RUIZ MATA, D. (1987): La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca, *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico, Jaén, 1985*, (A, Ruiz y M. Molinos, eds.), Jaén, 299-314.
- RUIZ MATA, D. (1989): Huelva: Un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final, *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M.E. Aubet, ed.), Sabadell, 209-243.
- RUIZ MATA, D. (1995): El vino en época prerromana en Andalucía occidental, *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, (S. Celestino, ed.). Jerez de la Frontera, 157-212.
- RUIZ MATA, D. (1997): Fenicios, tartesios y turdetanos, *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI - IV a. C.)*. Huelva, 1994 (J. Fernández Jurado et. al., eds.), *Huelva Arqueológica*, XIV. Huelva, 325-365.
- RUIZ MATA, D. (e.p.): Sobre la identificación del Tell de Doña Blanca como Gadir, *Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo. El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente, Madrid, 1997*.
- RUIZ MATA, D.; BLÁZQUEZ, J.M^a; MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1981): Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978. *Huelva Arqueológica*, V, 149-316.
- RUIZ MATA, D.; FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva), *Huelva Arqueológica*, VIII. Huelva
- RUIZ MATA, D.; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1994): Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana, *Spal*, 3, 209-256.
- RUIZ MATA, D.; NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. (e.p.): La zona industrial de Las Cumbres y la cerámica del s. III a.n.e. (Castillo de Doña Blanca, El Puerto de Santa María, Cádiz), *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena, 1997*.
- RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C.J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO, A.; MARTÍN HERNÁNDEZ, M. (1986): Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico, *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, 79-101.
- SCHUBART, H. (1986): El asentamiento del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga), *Los fenicios en la Península Ibérica* (G. del Olmo y M.E. Aubet, eds.). Sabadell, 59-83.
- SCHUBART, H.; MAAS-LINDEMANN, G. (1984): Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1971, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18, 39-210.
- VALLEJO SÁNCHEZ, J.I.; CÓRDOBA ALONSO, I.; NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. (e.p.): Factorías de salazones en la bahía gaditana: Economía y organización espacial, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología. Cartagena, 1997*.
- VV.AA. (1993): *Investigaciones arqueológicas en Andalucía (1985-1992)*. Proyectos. Huelva.

VV.AA. (1993a): Os Fenícios no Território Português, *Estudos Orientais, IV*, Lisboa.

VV.AA. (1995): *Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Tartessos: 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera.

VV.AA. (1997): *Actas de las Jornadas La Andalucía Ibero-turdetana (Siglos VI-IV a.C.)*. (J. Fernández Jurado *et al.*, eds.), *Huelva Arqueológica XIV*. Huelva.

WELLS, P. S. (1988): *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*. Barcelona.